

ESTUDIAR HISTORIA DESDE LA LITERATURA: LA BATALLA DE INGLATERRA

JUAN ESTEBAN RODRÍGUEZ GARRIDO*

Resumo: A chamada «Batalha de Inglaterra» é um dos episódios-chave da II Guerra Mundial por ser a primeira vez que Hitler sofre um golpe importante nas suas ambições. A resistência de Churchill e, com ele, de toda a Inglaterra, supõe a primeira pedra num edifício de nações que se vão opor ao III Reich. Resulta, portanto, um tema de importância suficiente para levá-lo à sala de aula e estruturar estratégias de ensino que ajuda à sua compreensão. Nesse ponto a literatura demonstra ser um campo de ajuda exemplar à História. Devemos utilizá-la e temos a oportunidade de aproveitar textos literários de grande qualidade que analisam esses assuntos para ilustrar as explicações históricas. Isso é o que pretende este artigo, reflectir sobre a relação entre a História e a Literatura, explicar a Batalha de Inglaterra e ilustrá-la com textos literários que ajudem a entender as situações e acontecimentos que aqui se analisam.

Palavras-chave: História; Literatura; Interdisciplinidade; Batalha de Inglaterra.

Abstract: The so-called «Battle of Britain» is one of the key episodes of the Second World War due to the fact that it marks the first time that Hitler's ambitions were slowed down in a severe way. Churchill's resistance, and with him England's, means the first stone of a building made of nations facing the III Reich. It is therefore a deeply significant issue to take into the classroom, and for structuring didactic strategies to help with its understanding. At this point, Literature is shown as an unbeatable area for supporting History. We should reach it, we have the possibility to take advantage from great quality literary texts which deal with these matters to illustrate historical explanations. That is the purpose of this article, to reflect about the relationship between History and Literature, to explain the «Battle of Britain» and to illustrate it providing literary texts that help us understand the situations and events in question.

Keywords: History; Literature; Interdisciplinary; Battle of Britain.

LA BATALLA DE INGLATERRA

«Si es necesario, durante años. Si es necesario, solos». Esta frase de Winston Churchill resulta la manifestación más clara de la firme voluntad, de la inquebrantable tenacidad, del heroico carácter de un hombre al que Europa, y el mundo entero, deberá siempre el haber sostenido, contra la realidad de una situación catastrófica, la fe necesaria para llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias pues, tras la caída de Francia, todos los ojos de Europa se dirigieron hacia Gran Bretaña y, quien más, quien menos, tenía claro que sólo era cuestión de tiempo que el *premier* británico arriase la bandera de la última resistencia a Adolf Hitler. Así respondió Churchill a aquella situación:

Lo que el general Weygand¹ llamaba la batalla de Francia ha acabado. Supongo que está a punto de comenzar la batalla de Gran Bretaña, de la que depende la supervivencia de la civi-

* CITCEM/Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Educación. Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales – juanestebanrodriguez@edu.ucm.es.

¹ El general Maxime Weygand (1867-1965) era el comandante general del Ejército de Francia al comienzo de la II Guerra Mundial. Desde ese puesto aconsejó a su gobierno que pidiera el armisticio a Alemania, pues creía que no se podría ganar la guerra. Más adelante fue ministro de Defensa del gobierno de Vichy presidido por el general Pétain.

lización cristiana. De ella depende nuestra propia vida como británicos y la continuidad de nuestras instituciones y de nuestro imperio. Toda la furia y el poder del enemigo se volverán muy pronto contra nosotros. Hitler sabe que tendrá que derrotarnos en esta isla o perder la guerra. Si podemos ponernos a su altura, toda Europa puede ser libre y la vida del mundo puede avanzar hacia amplios terrenos bañados por el sol. En cambio, si fallamos, todo el mundo, también Estados Unidos, incluido todo lo que hemos conocido y apreciado, se hundirá en el abismo de una nueva edad oscura, que parece más siniestra y tal vez más prolongada bajo las luces de la ciencia pervertida. Por tanto, preparémonos para cumplir nuestras obligaciones y tengamos en cuenta que, si el imperio británico y su Comunidad de Naciones duran mil años, los hombres dirán que «éste fue su mejor momento»².

Ese era Churchill. Un político de raza, un hombre comprometido, un patriota de visión larga. Hay personas para la gestión del día a día, excelentes en circunstancias normales, y hay otras que adquieren una luz propia en los grandes momentos, hechas para los más determinantes acontecimientos. Gran Bretaña se preparaba para resistir sola al Tercer Reich. Pero a su frente estaba Winston Churchill.

LA OPERACIÓN «LEÓN MARINO». EL *BLITZ*

Sólo Gran Bretaña se interponía ya entre Hitler y la realización más completa y exitosa de sus planes. Pero el Führer sabía que invadir la isla no era una empresa fácil y menos viendo la determinación del gobierno británico para oponerse a su ejército. Así las cosas, decidió «simular» únicamente que estaban preparando una invasión contra Gran Bretaña, designada con la clave «León marino», en una gigantesca pantomima destinada a meter en vereda a los ingleses. Tanto Hitler como Göring³ pensaban que los ataques aéreos contra las vitales comunicaciones marítimas británicas serían suficientes para hacer entrar en razón a Churchill y obligarlo a negociar una paz con Alemania. Göring dio orden a sus escuadrones de iniciar pequeñas incursiones aéreas sobre los puertos británicos, aunque, de momento, todo ataque contra las ciudades del interior estaba explícitamente prohibido.

En julio, Hitler habló con Göring acerca de su intención de hacer una magnánima oferta de paz a Gran Bretaña como parte de su gran discurso ante el Reichstag. Göring, no obstante, pensaba que los británicos sólo la aceptarían con la exigencia de una total retirada de las tropas alemanas de Noruega, Polonia y Europa occidental, permitiendo, tal vez, que Alemania conservase Alsacia, Lorena y el corredor polaco. En cualquier caso, Hitler no consideró en demasiado la opinión de Göring y, el 19 de julio de 1940, pronunció un discurso ante el Reichstag en el que ofrecía la paz a Gran Bretaña, pero lo hizo en semejantes términos que, tras oírlo, sólo se podía pensar que la guerra era, una vez más,

² CHURCHILL, 2004: 547.

³ Hermann Wilhelm Göring (1893-1946) fue una figura prominente del Partido Nazi y comandante supremo de la Luftwaffe. En 1941 llegó a ser nombrado Reichsmarschall (Mariscal del Reich) y sucesor del Führer, siendo así la segunda figura más importante del Reich.

inevitable. Reproduzco, a continuación, algunas de las partes del discurso pronunciado por Hitler ese día:

Diputados del Reichstag: En medio de la gigantesca lucha por la libertad y el futuro de la nación alemana, los he convocado a esta sesión. Los motivos están en la necesidad de proporcionar a nuestro propio pueblo una mirada de conjunto en estos acontecimientos históricos únicos, de expresar nuestros agradecimientos a los soldados esforzados e intentar una vez más y, por última, hacer un llamamiento a la sensatez general. [...] ¿Por qué Inglaterra instigó a Polonia hacia la guerra contra Alemania? Si Mr. Churchill y los otros instigadores a la guerra, hubiesen sentido en ello una parte siquiera de la responsabilidad que yo sentí frente a Europa, no habrían podido emprender su villano juego, porque sólo a éstos y a otros interesados en la guerra, europeos y no europeos hay que imputar que Polonia rechazase las proposiciones que no afectaban ni a su honor ni a su existencia en forma alguna, y que en lugar de ello apelasen al terror y a las armas. También en este caso fue verdaderamente sin ejemplo y sobrehumana la reserva que nos hizo buscar, durante meses enteros, todavía el pacífico camino de una inteligencia; a pesar de los continuos asesinatos contra la minoría alemana, y a pesar, por último, de la matanza de miles y miles de alemanes del Reich. Porque, así como era la situación, una de las creaciones más absurdas del dictado de Versalles, un espantajo inflando política y militarmente, ofende durante meses enteros a un Estado y le amenaza con derrotarle, con presentarle batalla ante Berlín, con destrozarse los ejércitos alemanes, con poner las fronteras en el Oder o en el Elba, y así sucesivamente; y en este estado, Alemania mira pacientemente durante meses y meses esta conducta, aunque le habría bastado hacer un solo movimiento con el brazo para terminar con esa ampolla hinchada de necedad y arrogancia. Después de la victoria sobre Polonia, Alemania ofreció la paz, pero los Aliados querían seguir sacrificando vidas inocentes, sólo para mantener la injusticia de Versalles. [...] Al proponer el Mariscal Pétain la rendición de armas de Francia, lo que hizo no fue rendir las que todavía le quedaban sino poner fin a una situación totalmente insostenible a la vista de todo soldado. Únicamente el sangriento diletantismo del señor Churchill es capaz de no comprender esto o de seguir mintiendo contra su propia convicción. [...] La esperanza de Inglaterra, de que mediante la producción de una nueva crisis europea, pueda lograr un alivio para su propia situación es, en cuanto se trata de las relaciones germano-rusas, un razonamiento falso. Esta hecatombe no era necesaria. Alemania no la pretendió. Como he dicho, nada de esto fue necesario que sucediera, ya que en octubre, ni de Francia ni de Inglaterra exigí otra cosa que la paz. Pero los señores interesados en la industria de armamento quisieron la continuación de la guerra a otro precio y ya la han tenido. [...] Oigo ahora una gritería procedente de Londres -no una gritería de las masas sino de los políticos- de que tiene que ser proseguida la lucha. No sé si estos políticos se han formado ya una idea clara de la futura continuación de esta lucha, en todo caso declaran de que continuarán la guerra, incluso desde el Canadá, en el caso de que sucumbiera Inglaterra. No creo que esto se haya de entender como si el pueblo inglés hubiese de ser trasladado al Canadá sino que allí se retirarán los señores interesados en la guerra. Yo creo que el pueblo tendrá que permanecer en Inglaterra y, seguramente, contemplará en Londres la guerra con otros ojos que los de los llamados Jefes, desde el Canadá. Creedme señores diputados; siento un asco moral ante esta especie de parlamentarios sin conciencia, destructores de pueblos y Estados. Casi me causa dolor el que el Destino me haya predestinado a tropezar, con lo que estos hombres han derribado, ya que mi intención no era hacer la guerra sino construir un nuevo estado social, exponente de la más alta cultura. Churchill, acaba de declarar otra

vez que quiere la guerra. Hace unas seis semanas la empezó en la zona que al parecer cree tener una fuerza especial, en la guerra aérea contra las poblaciones civiles, aunque alegando que se trata de instalaciones importantes de guerra. Estas instalaciones son desde Friburgo, ciudades abiertas, mercados y granjas, casas lazaretos, escuelas y jardines de la infancia, etc.; hasta ahora apenas he contestado a ello, pero esto no quiere decir que esa sea o vaya a ser la única respuesta. Me doy perfecta cuenta de que nuestra respuesta, que llegará un día, acarreará dolores y desventuras sin nombre sobre los hombres. Naturalmente que no sobre Mr. Churchill, porque él estará seguramente en Canadá, donde ha llegado ya el capital y los niños de los principales interesados en la guerra. Un gran dolor para otros millones de seres. Mr. Churchill puede creerme, tal vez esta vez por excepción, si le profetizo que se destruirá un gran Imperio; pero veo perfectamente que la prosecución de esta lucha no terminará más que con la destrucción de uno de los dos combatientes. Mr. Churchill creerá quizás que es Alemania; yo sé que será Inglaterra. HAGAMOS LA PAZ. No veo ningún motivo que pueda obligar a continuar esta lucha; lamento las víctimas que van a ser sacrificadas. En este momento me siento obligado ante mi conciencia a dirigirme otra vez un llamamiento a la razón en Inglaterra. También creo poder hacerlo porque no pido algo como vencido sino como que hablo en nombre de la razón como vencedor. No veo ningún motivo que pueda obligar a continuar esta lucha; lamento las víctimas que van a ser sacrificadas. También quisiera evitárselas a mi pueblo. Yo sé que millones de hombres y de jóvenes arden en deseos de poder medirse, por fin, con el enemigo que nos declaró sin razón la guerra por segunda vez; pero sé también que en sus casas quedan muchas mujeres y muchas madres que, a pesar de estar dispuestas a sacrificar lo último, tienen puesto en ello el corazón. Mr. Churchill puede desechar otra vez mi declaración, diciendo que es engendro de mi miedo y de mi duda en la victoria final. En todo caso yo he aligerado mi conciencia ante las cosas venideras.

He ahí una mínima parte del discurso pronunciado aquel día por Hitler. Se pueden observar los términos en los que se refiere a Churchill, se puede percibir la constante provocación, la altanería. Esa era la oferta de paz de Hitler, así fue formulada. La respuesta de Gran Bretaña fue la evidente. La guerra estaba servida.

Así hablaba Churchill en sus memorias acerca de la oferta de paz de Hitler y de las inmediatas reacciones que suscitó en Italia:

El diecinueve de julio Hitler pronunció un discurso triunfal en el Reichstag en el que, tras predecir que yo no tardaría en refugiarme en Canadá, realizó lo que se llamó su oferta de paz. Este gesto fue acompañado, durante los días siguientes, por delegaciones diplomáticas a Suecia, Estados Unidos y el Vaticano. Naturalmente, Hitler se habría quedado muy contento si, después de someter a Europa a su voluntad, hubiese podido acabar la guerra consiguiendo que Gran Bretaña aceptara lo que había hecho. En realidad, no era una oferta de paz sino un intento de lograr que Gran Bretaña renunciara a todo por lo que había entrado en guerra para mantenerlo. [...] Ciano⁴ hace constar en su diario que «la noche del día diecinueve, al conocerse la frialdad de la primera reacción británica ante el discurso, se extendió entre los alemanes una sensación de desilusión mal disimulada». A Hitler le gustaría «llegar a un acuerdo con Gran Bretaña. Él sabe que

⁴ Gian Galeazzo Ciano (1903-1944) fue un político italiano y yerno de Benito Mussolini. Ejerció de ministro de Asuntos Exteriores del Reino de Italia de 1936 a 1943.

la guerra con los británicos será dura y sangrienta, y sabe también que en todas partes la gente está en contra de los derramamientos de sangre». Mussolini, por el contrario «teme que los ingleses encuentren en el discurso demasiado ingenioso de Hitler un pretexto para iniciar las negociaciones». Señala Ciano que «eso sería una lástima para Mussolini que, ahora más que nunca, quiere la guerra. No hacía falta que se preocupara: tendría toda la guerra que quisiera»⁵.

Lo cierto es que en Gran Bretaña se daba por hecho que, tras ocupar Francia, Hitler iba a intentar la inmediata invasión de su país. Sabían de lo desesperado de la situación, eran más que conscientes de su inferioridad armamentística y, sin embargo, decidieron resistir con la loca esperanza de ganar la última batalla. Las animosas palabras de Churchill les insuflaban los ánimos que la realidad de la situación les hubiera podido menoscarbar. Y creían. Aún contra la realidad, creían. A pesar de la carencia de armas y de vehículos blindados, creían. Ante la constatación de una inferioridad irrefutable, esperaban dignos la rúbrica de un final glorioso.

En cualquier caso, los súbditos de su Graciosa Majestad no se limitaban a esperar. Mientras la Luftwaffe⁶ organizaba su ataque, en Gran Bretaña llegaron a fabricarse unos cuatrocientos setenta aviones al mes, se montaban escuelas de aviación y la RAF (fuerzas aéreas británicas) engrosaba sus filas con aviadores procedentes de otros países que intentaban así, en la medida de lo posible, compensar las constantes bajas que se iban produciendo. Especialmente significativo en este aspecto fue el contingente polaco que aportó en torno a ocho mil efectivos, los llamados por los británicos «locos polacos» por su innegociable intrepidez y arrojo. Esta convivencia entre los aviadores británicos y polacos llegó a generar, como es lógico, curiosas situaciones:

La actitud, la comida y las maneras características de los británicos supusieron una verdadera conmoción para los polacos. Pocos pudieron borrar de su memoria los emparedados de pasta de pescado que les ofrecieron a su llegada, y los horrores de la cocina británica no hicieron más que aumentar su nostalgia de la patria: desde el cordero muy cocido con col, hasta las omnipresentes natillas (que también sorprendían a los ciudadanos de la Francia Libre). Sin embargo, la calurosa acogida que les dispensó la mayoría de los británicos, con sus gritos de «¡Larga vida a Polonia!», los dejó petrificados. Los pilotos polacos, considerados héroes gallardos, enseguida se vieron acosados por las jóvenes británicas que, haciendo gala por primera vez de un elevado grado de libertad, no dudaban en hacerles todo tipo de proposiciones⁷.

En agosto de 1940 la situación empezó a cambiar de forma definitiva. El servicio secreto británico pudo confirmar que Hitler había dado órdenes definitivas para preparar activamente la operación «León marino». Gran cantidad de barcasas y motoras autopropulsadas comenzaron a atravesar por la noche el paso de Calais, congregándose en todos los puertos del canal de la Mancha, desde Calais hasta Brest. Así lo confirmaban las

⁵ CHURCHILL, 2004: 565-567.

⁶ Fuerza aérea de Alemania durante el III Reich.

⁷ BEEVOR, 2012: 188

fotografías diarias que tomaban los británicos. La tensión era extrema porque, mientras se esperaba un intento de invasión alemana por el mar, la batalla también se libraba en el aire.

El 13 de agosto habían comenzado los primeros ataques aéreos, cuyo resultado no satisfizo a Göring ya que la RAF consiguió derribar cuarenta y siete aviones alemanes, mientras que perdió únicamente trece. Las batallas en el aire eran cruentas, a menudo los pilotos no sobrevivían a su primera misión pero, incluso en este ambiente, aparecía la anécdota pues varias veces los pilotos polacos y checos al servicio de la RAF eran confundidos (por su físico) con los alemanes. Esto ocurría cuando eran derribados y acababan cayendo en territorio inglés. Entonces podía llegar a ocurrir que se vieran linchados por las gentes de cualquier pueblo. Veamos, a modo anecdótico, el siguiente testimonio:

El paracaídas de un piloto polaco, Czeslaw Tarkowski, quedó atrapado en un árbol. «La gente vino hacia mí corriendo empuñando horcas y estacas», recordaría más tarde. «Una de esas personas, armada con una escopeta, gritaba, “Hände hoch!” [“manos arriba”] “¡Anda y que te jodan!”, repliqué en el mejor inglés que pude. Los rostros hasta entonces tan amenazadores enseguida se iluminaron con una sonrisa. “¡Es uno de los nuestros!”, exclamaron al unísono. Una tarde, otro polaco aterrizó en los terrenos de un club de tenis muy exclusivo. Fue registrado como invitado, le dieron una raqueta, le prestaron el prescriptivo equipo de color blanco para jugar y lo invitaron a unirse a la partida. Cuando llegó un vehículo de la RAF a recogerlo, sus adversarios estaban completamente exhaustos por la contundente paliza que les había propinado»⁸.

El primer bombardeo sobre Londres llegó en la noche del 24 de agosto, cuando más de un centenar de aviones alemanes dejaron caer sus bombas sobre varios barrios del centro y el este de Londres. Parece que fue un error de los bombarderos alemanes pues el veto de Hitler a bombardear Londres seguía vigente. Churchill respondió ordenando severo bombardeos contra Berlín. La locura creció y Hitler autorizó los bombardeos sobre la capital inglesa. Göring, en el fondo, tenía importantes escrúpulos sobre este asunto, consciente, como era, de que bombardear sistemáticamente Londres suponía una situación de no retorno.

La noche del 7 de septiembre fue especialmente dura. Trescientos ochenta londinenses murieron como resultado de un ataque que marcaría el inicio de una nueva y terrible forma de guerra aérea. Efectivamente, la situación ya era de no retorno.

El 15 de septiembre fue la fecha culminante. Ese día la Luftwaffe, después de dos intensos ataques el día 14, realizó su mayor esfuerzo concentrado en un ataque diurno contra Londres. Churchill siempre la consideró la batalla decisiva de la guerra en Inglaterra. Varias decenas de aviones alemanes volaron sobre Londres tras lograr sobrepasar todas las defensas. Todos los cazas británicos fueron movilizados para rechazar el ataque. El propio Churchill recordaba en sus memorias que «nos quedamos sin reservas». El combate fue terrible, los aviones ingleses regresaban una y otra vez a repostar y, mientras

⁸ BEEVOR, 2012: 195.

esto sucedía, la inferioridad era palpable. Pero, finalmente, el ataque pudo ser rechazado y los bombarderos alemanes, cuando nadie lo esperaba, empezaron a retirarse. Así recordaba Churchill aquellos momentos:

Aunque según la información que obtuvimos después de la guerra el enemigo sólo perdió cincuenta y seis aparatos ese día, el quince de septiembre fue el momento culminante de la batalla de Gran Bretaña. Esa misma noche, nuestro Mando de Cazas atacó con intensidad las embarcaciones que estaban en los puertos desde Boulogne hasta Amberes. Sobre todo en Amberes se infligieron graves pérdidas. Ahora sabemos que el diecisiete de septiembre el Führer decidió postergar el «León marino» de forma indefinida. Hasta el doce de octubre no se postergó formalmente la invasión hasta la primavera siguiente. En julio de 1941 Hitler la volvió a postergar hasta la primavera de 1942 «porque entonces habrá acabado la campaña de Rusia», una suposición tan vana como importante. El trece de febrero de 1942 el almirante Raeder tuvo su última entrevista sobre el «León marino» y consiguió que Hitler acordara una retirada total. Así acabó la operación «León marino» y el quince de septiembre se puede considerar la fecha de su finalización⁹.

A finales de septiembre de 1940, los bombardeos alemanes habían causado la muerte de siete mil londinenses pero Göring seguía sin ver cercana la victoria y los bombardeos sobre Alemania hacían mella en su ánimo. Un día mantuvo el siguiente diálogo con el general Jeschonnek¹⁰, uno de los más insistentes partidarios de los bombardeos sobre Londres: «¿Cree que Alemania se doblegaría si Berlín fuese arrasada?» «¡Claro que no!», replicó muy serio Jeschonnek; luego sonrió al darse cuenta de lo que acababa de decir. «La moral inglesa es más frágil que la nuestra», intentó justificarse. «Ahí está su error», replicó Göring¹¹.

El *Blitz* contra Londres y otras ciudades continuó durante todo el otoño y el invierno de 1940 pero lo cierto es que, a pesar de los muertos y la destrucción, las campañas de bombardeos nocturnos no consiguieron hundir la moral de los británicos. Ciertamente es que a finales de año el número de bajas civiles rondaba las 23 000 pero en muchos escaparates de tiendas destruidas por los bombardeos colgaban letreros que decían «Seguimos teniendo abierto» y los inquilinos de muchas casas destruidas colocaban banderas británicas ondeando sobre los escombros. Así escribía Churchill sobre la actitud de los londinenses aquellos funestos días:

Cuando comenzaron los bombardeos la idea era tratarlos con desdén. En el West End todo el mundo se dedicaba a sus actividades comerciales y de ocio, y seguía comiendo y durmiendo igual que siempre. Los teatros estaban llenos y las calles oscurecidas estaban atestadas de un tráfico despreocupado. Es posible que esta fuera una reacción más sana que el chillido aterrador que lanzaron los elementos derrotistas en París después del primer ataque serio en mayo¹².

⁹ CHURCHILL, 2004: 612-613.

¹⁰ Hans Jeschonnek (9 de abril de 1899-18 de agosto de 1943) fue Jefe de Estado Mayor General de la Luftwaffe durante la Segunda Guerra Mundial.

¹¹ IRVING, 1989: 310.

¹² CHURCHILL, 2004: 618.

La noche del 3 de noviembre, por primera vez en casi dos meses, no sonó ninguna alarma en Londres. Muchos se extrañaron. La noche siguiente, Alemania dispersó sus ataques por toda la isla y así sería durante un tiempo. Desde luego que Londres se seguía considerando el objetivo principal pero Göring había decidido inutilizar los centros industriales de Gran Bretaña.

La primera ciudad en sufrir estas nuevas estrategias de bombardeo fue Coventry. Durante toda la noche del 14 de noviembre casi seiscientas toneladas de explosivos fueron arrojadas sobre la ciudad y el centro de Coventry quedó completamente destruido, muriendo, además, cuatrocientas personas. La radio alemana, en un intento de intimidación, difundió que el resto de ciudades recibirían el mismo trato.

Durante la última semana de noviembre y principios de diciembre el peso de la ofensiva se dirigió hacia los puertos. Bristol, Southampton y, especialmente, Liverpool fueron intensamente atacados durante estas fechas. Tras ellos sería el turno de Plymouth, Sheffield, Manchester, Leeds o Glasgow. Pero Gran Bretaña resistía.

En navidades, Hitler, sorprendentemente, tomó la iniciativa de ordenar una tregua en la mutua carnicería durante las fiestas y los británicos, para no ser menos, le imitaron. Incluso, el espíritu navideño inspiró a Göring a mandar libretas de ahorros con depósitos de mil marcos, procedentes de su cartera particular, a los hijos de los aviadores caídos en acción.

El sábado 10 de mayo de 1941, los aviones alemanes realizaron el más dañino de todos los ataques que habían llevado a cabo hasta ese momento, causando enormes daños en el centro de la ciudad y destruyendo el edificio del parlamento. Al día siguiente, Hitler, terriblemente agitado, convocó a Göring para anunciarle que Rudolf Hess¹³ había volado a Gran Bretaña dejando una carta en la que anunciaba su firme determinación de negociar una paz con los ingleses. El lunes 12 de mayo, la BBC anunciaba que Rudolf Hess había aterrizado en Escocia. Ni Hitler ni Göring daban crédito a lo que acababa de hacer, por su cuenta y riesgo, el número tres del Reich. Por supuesto, Hess fue destituido y sustituido por Martin Bormann.

En cualquier caso, Gran Bretaña resistía y resistía. La paz no llegaba pero tampoco la victoria. La esperanza de Churchill era la entrada en guerra de los Estados Unidos y Hitler hacía ya meses que le daba forma a la llamada «Operación Barbarroja», es decir, la invasión de Rusia. Así, a finales de mayo de 1941 cesaron los ataques en gran escala de la Luftwaffe sobre Gran Bretaña. Evidentemente, Alemania no había conseguido sus objetivos, Gran Bretaña continuaba en la lucha, se había rearmado moralmente y su determinación era mayor que nunca. Por supuesto, la operación «León marino», el intento de invasión de Gran Bretaña, como ya sabemos, jamás se pudo llevar a cabo.

¹³ Rudolf Walter Richard Hess (1894-1987), fue un militar y político alemán, figura clave de la Alemania nazi. Al ascender Hitler al poder, fue designado jefe del Partido Nazi y Ministro de Estado.

PROPUESTAS LITERARIAS

Como se ha comentado al principio del artículo, se pretende ilustrar la situación histórica descrita con una serie de textos que sirvan al profesor para su mejor explicación y ayuden a la comprensión del alumno. Para eso he escogido un fragmento del libro *Fiesta bajo las bombas*, de Elías Canetti, el poema *A cierta sombra, 1940*, de Jorge Luis Borges, y un fragmento de los *Diaries*, de George Orwell.

En el primero, Canetti presenta una serie de notas autobiográficas con las que recuerda y describe los años de su vida en Inglaterra (1939-1988). La mayor parte de sus referencias se sitúan en los años de la guerra y la posguerra, por lo que este libro es un recurso de primer orden para ilustrar literariamente estos asuntos. Veamos el texto que vamos a utilizar:

Henry Moore y Roland Penrose. Fiesta bajo las bombas

En una casa situada un poco más arriba en Downshire Hill, en la acera de enfrente, vivió durante un tiempo antes de la guerra Henry Moore. En el jardín delantero había una escultura suya que causaba escándalo general, incluso en esta calle de gente ilustrada y abierta a las artes. Moore se había trasladado a otro sitio y en la casa vivía –ya a principios de la guerra– Roland Penrose, conocido por su fortuna y como mecenas. Había frecuentado París y vivido entre los surrealistas, él mismo pasaba por ser también un surrealista, pero en este aspecto era completamente insignificante. Fue uno de los primeros en comprar sus cuadros, que ahora podían verse en su casa. Conocía bien a Picasso, sobre el que más adelante escribió un libro. Vivía con una antigua amiga de Picasso, una fotógrafa americana, Lee Miller, una mujer muy rubia con cara desencajada que parecía especialmente viciosa, pero que quizá no lo fuera, aunque hiciera todo lo posible por parecerlo.

En esta casa asistí a una «party» durante el Blitz. Fue después de la Batalla de Inglaterra. En aquellos días de septiembre de 1940 observábamos desde Hampstead Heath, donde residíamos entonces, los combates entre los aviadores británicos y alemanes. A plena luz del día mirábamos hacia el cielo y seguíamos la estela de los aviadores como si se tratara de un certamen deportivo. Era tan excitante que nunca pensábamos en los combates mismos. Quizá nos sentíamos bastante orgullosos de que los ingleses se batieran tan bien, al fin y al cabo ya había pasado lo de Dunquerque. Pero aquí en el aire parecía que los alemanes eran vencidos más a menudo que los ingleses. Sobre las consecuencias de estos combates se hacían pocas conjeturas, nadie sabía cuánto dependía de ellos. Si hubiéramos imaginado que Hitler renunciaría a su plan de desembarcar en Inglaterra gracias al resultado de estos combates, nos habríamos emocionado más. En aquella ocasión estábamos de visita en casa de una amiga que vivía en Vale of Health, en pleno Hampstead Heath; desde las ventanas de su apartamento en el último piso se podía seguir el combate con toda claridad. Era un hermoso día de otoño, el cielo estaba despejado y de un azul magnífico, y en él se dibujaban con nubecitas blancas las líneas en zigzag de los aviones. No pretendo describir lo que vi, pero me gustaría recuperar el sentimiento que me embargaba. Estaba muy excitado – ya dije que como en una competición deportiva–, pero me sentía totalmente inocente, como si no fuera cuestión de vida o muerte para unos seres humanos en concreto. Los aviones y los hombres en su interior formaban una unidad. Si la imagen no fuera tan diferente, se podría decir que eran modernos centauros del cielo. Las líneas eran lo más importante [...] Desaparecían del campo visual y volvían a surgir, creías reconocerlas – lo cual era

imposible – con la mirada, y cuando comprendías que uno había sido derribado, no pensabas en su suerte, porque allá arriba continuaban las líneas blancas luminosas y las velocidades vertiginosas. Durante aquellas horas, la mezcla de excitación y frialdad es para mí lo más incomprensible de este recuerdo¹⁴.

Por su parte, la deliciosa poesía de Borges que utilizaríamos es *A cierta sombra*, 1940, publicado en *Elogio de la sombra* (1969):

*A cierta sombra, 1940
Que no profanen tu sagrado suelo, Inglaterra,
El jabalí alemán y la hiena italiana.
Isla de Shakespeare, que tus hijos te salven
Y también tus sombras gloriosas.
En esta margen ulterior de los mares
Las invoco y acuden
Desde el innumerable pasado,
Con altas mitras y coronas de hierro,
Con Biblias, con espadas, con remos,
Con anclas y con arcos.
Se ciernen sobre mí en la alta noche
Propicia a la retórica y a la magia
Y busco la más tenue, la deleznable,
Y le advierto: oh, amigo,
El continente hostil se apresta con armas
A invadir tu Inglaterra
Como en los días que sufriste y cantaste.
Por el mar, por la tierra y por el aire convergen los ejércitos.
Vuelve a soñar, De Quincey.
Teje para baluarte de tu isla
Redes de pesadillas.
Que por sus laberintos de tiempo
Erren sin fin los que odian.
Que su noche se mida por centurias, por eras, por pirámides,
Que las armas sean polvo, polvo las caras,
Que nos salven ahora las indescifrables arquitecturas
Que dieron horror a tu sueño.
Hermano de la noche, bebedor de opio,
Padre de sinuosos períodos que ya son laberintos y torres,
Padre de las palabras que no se olvidan,
¿Me oyes, amigo no mirado, me oyes
A través de esas cosas insondables
Que son los mares y la muerte?¹⁵*

¹⁴ CANETTI, 2005: 173-174.

¹⁵ BORGES, 1985: 333-334.

Por último, el tercer texto que usaríamos como recurso para ilustrar aquellos angustiosos meses en Inglaterra, es un fragmento de los *Diaries*, de George Orwell. Usaremos concretamente las notas que tomó el 11 de mayo de 1941, domingo, un día después del más terrible bombardeo que efectuaron los alemanes sobre Londres. Bombardeo en el que llegaron, incluso, a dañar notablemente el Parlamento. Así lo recogió Orwell:

The most important news of the last few days, which was tucked away on a back page of the newspapers, was the Russian announcement that they could no longer recognize the governments of Norway and Belgium. Ditto with Jugo-Slavia, according to yesterday's papers. This is the first diplomatic move since Stalin made himself premier, and amounts to an announcement that Russia will now acquiesce in any act of aggression whatever. It must have been done under German pressure, and coming together with Molotov's removal must indicate a definite orientation of Russian policy on the German side, which needs Stalin's personal authority to enforce it. Before long they must make some hostile move against Turkey or Iran, or both.

Heavy air-raid last night. A bomb slightly damaged this building, the first time this has happened to any house I have been in. About 2 a.m., in the middle of the usual gunfire and distant bombs, a devastating crash, which woke us up but did not break the windows or noticeably shake the room. Eileen got up and went to the window, where she heard someone shouting that it was this house that had been hit. A little later we went out into the passage and found much smoke and a smell of burning rubber. Going up on the roof, saw enormous fires at most points of the compass, one over to the west, several miles away, with huge leaping flames, which must have been a warehouse full of some inflammable material. Smoke was drifting over the roof, but we finally decided that it was not this block of flats that had been hit. Going downstairs again we were told that it was this block, but that everyone was to stay in his flat. By this time the smoke was thick enough to make it difficult to see down the passage. Presently we heard shouts of «Yes!».

Yes! There's still someone in Number III, and the wardens shouting to us to get out. We slipped on some clothes, grabbed up a few things and went out, at this time imagining that the house might be seriously on fire and it might be impossible to get back. At such times one takes what one feels to be important, and I noticed afterwards that what I had taken was not my typewriter or any documents but my firearms and a haversack containing food, etc., which was always kept ready. Actually all that had happened was that the bomb had set fire to the garage and burned out all the cars that were in it. We went in to the D.s. who gave us tea, and ate a slab of chocolate we had been saving for months. Later I remarked on Eileen's blackened face, and she said «What do you think your own is like?» I looked in the glass and saw that my face was quite black. It had not occurred to me till then that this would be so¹⁶.

APROVECHAMIENTO DIDÁCTICO DE LOS TEXTOS

Lo primero que tenemos que fijar son los objetivos que nos planteamos con los textos que hemos introducido. Éstos pasarían por:

¹⁶ ORWELL, 2012: 346-347.

1. Trabajar todas las destrezas a través de un texto.
2. Fomentar la lectura en nuestros alumnos y tratar de crear un hábito.
3. Enriquecer el vocabulario de los alumnos.
4. Proporcionar un acercamiento al hecho histórico que resulte distinto y motivador.
5. Transmitir la importancia de la Literatura en el conocimiento de la Historia.
6. Practicar el hecho interdisciplinar en la enseñanza.

A partir de estos objetivos, el siguiente paso sería proponer algunas actividades que ayuden a estructurar el trabajo con los textos y colaboren al máximo aprovechamiento de los mismos.

La primera fase sería la lectura atenta del texto y constaría de tres actividades que complementarían esa lectura y nos darían la medida del aprovechamiento de la misma.

En primer lugar, pediríamos a los alumnos una lectura atenta del documento, en la que irían subrayando las palabras que no conozcan. Tras esto, haríamos una búsqueda de las mismas y elaboraríamos fichas de vocabulario de los términos desconocidos. Por ejemplo, en el texto de Elías Canetti se habla de los «surrealistas», ¿saben los alumnos qué era el Surrealismo o quiénes eran los surrealistas? Quizá muchos no, de manera que ahí tendríamos un término sobre el que investigar para incluirlo en la ficha. Ésta es una excelente manera de ampliar el vocabulario y el conocimiento del alumnado.

En segundo lugar, haríamos una nueva lectura en la que se subrayarían las ideas principales. Por ejemplo, en el poema de Borges, las ideas principales se muestran en el primer verso («Que no profanen tu sagrado suelo, Inglaterra») y en el decimoquinto y decimosexto («El continente hostil se apresta con armas/A invadir tu Inglaterra»). ¿De qué profanación habla Borges? ¿A quién se refiere cuando dice «el continente hostil»? ¿Qué armas son esas? Ese es el tipo de preguntas a las que tendrían que contestar los alumnos.

En tercer lugar, una vez trabajadas estas ideas principales les pediríamos que pongan ellos mismo un título a los textos. Un título que, lógicamente, tenga que ver con esas ideas, pues esa resulta una forma ideal de comprobar si, efectivamente, han captado la esencia del texto.

La segunda fase sería la denominaríamos «Información y clasificación del texto» pues, tras la lectura atenta, que era la esencia de la fase anterior, e implicaba la comprensión total de cada una de sus ideas, ahora pasaríamos a examinar detenidamente determinados aspectos del texto para lograr su singularización: la naturaleza, el autor, los destinatarios y las circunstancias espacio-temporales.

En primer lugar, pediríamos que respondan a la pregunta de ¿cómo es el texto? ¿Cómo llamar al texto? Con esto pretendemos aplicar al fragmento un nombre que lo singularice y ayude a su clasificación. Se pueden distinguir, como sabemos, distintas clases de textos: geográficos, demográficos, económicos, políticos, jurídicos, sociales, antropológicos, artísticos, literarios o historiográficos. Evidentemente, en este caso, hablamos siempre de textos literarios.

En segundo lugar, investigaríamos sobre el autor. ¿Es un autor individual o colectivo? ¿Quién es? ¿Qué sabemos de él? ¿Vivió en tiempo real los hechos que nos cuenta en

el texto? Por ejemplo, tanto Canetti como Orwell hablan de hechos vividos por ellos en tiempo real. Son los protagonistas de sus propios textos. El texto de Borges, sin embargo, está escrito muchos años después de los hechos que narra y él no los vive, no aparece en el centro de la acción, no es el protagonista. Estos matices dan mucha información sobre el texto y deben ser investigados y comprendidos por los alumnos.

En tercer lugar, hablaríamos de los destinatarios. Para responder a esta pregunta se señalará si el destinatario es una comunidad internacional, una comunidad nacional, una comunidad local, un grupo concreto de personas, una sola persona o, incluso, si el único destinatario es el propio autor, como pasa a veces con las reflexiones en los diarios. ¿Hablamos, por lo tanto, de un texto público o privado?

Por último, la cronología. ¿De cuándo data el texto? En este punto podemos realizar una serie de actividades destinadas, no sólo a datar el texto que se comenta, sino también a dominar el tiempo histórico, que es, evidentemente, el rasgo más característico de la historia. Por ejemplo, elaboraríamos una línea del tiempo con mojones cada cien años desde el año 500 a.C. hasta la actualidad y cada veinticinco para el siglo XX, ocupando, evidentemente, en este último caso, un espacio mucho menor de separación entre señal y señal, para que los alumnos entiendan gráficamente la diferencia entre cien años y veinticinco. Una vez elaborada les pediríamos que sitúen las siguientes afirmaciones en la línea del tiempo: 1. La data de los textos; 2. La consagración de Carlomagno (800 d.C.); 3. El Tratado de Verdún, por el que se reparte el Imperio de Occidente (843); 4. El descubrimiento de América (1492); 5. La Revolución Francesa (1789); 6. El comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914). Tras esto, les pediríamos que contesten a la pregunta de cuántos años han transcurrido desde la elaboración del texto hasta el día de hoy, ¿y cuántos lustros? ¿Y décadas?

En una tercera fase, llevaríamos a cabo el comentario e interpretación del texto. Esta es la labor que realmente demuestra si los alumnos han comprendido bien y son capaces de interpretar los textos. Tendremos que analizarlo gradualmente desde los conceptos más sencillos hasta el tema profundo.

CONCLUSIONES

Hemos partido en este artículo de la premisa de que Historia y Literatura están interrelacionadas y que ambas contribuyen a la comprensión de un momento histórico y de su sociedad particular, permitiendo así que los interesados en enseñar y aprender Historia puedan aprender más del pasado a través de la narración dramatizada del mismo que nos aporta la Literatura. ¿Cuánto de la sociedad refleja la Literatura? ¿Cómo moldea ésta la percepción de la Historia? Lógicamente, la respuesta a estas preguntas depende de la dimensión (y calidad) histórica de los textos literarios así como de la calidad literaria de los textos históricos (piezas como los diarios de Churchill son de gran calidad literaria y de un valor histórico máximo).

Debemos considerar, además, el impacto de la Literatura en el comportamiento y el pensamiento de diversos grupos sociales. Las lecturas, nuestras lecturas, moldean la

forma en que vemos el mundo y la creación literaria es, por lo tanto, un producto cultural, un evento histórico, digno de ser estudiado también por los historiadores pues aporta variables importantes para el conocimiento de una sociedad. En definitiva, el estudio de la Literatura es importante para la Historia con el objetivo de saber cómo se moldean los comportamientos e identidades colectivas e individuales.

En las últimas décadas del siglo XX, y a partir de nuevas aproximaciones teórico-metodológicas, muchos historiadores han intentado romper con las barreras existentes entre Literatura e Historia con el objetivo de mejorar y completar el entendimiento de las identidades, las memorias colectivas y, en definitiva, los hechos históricos. Eso es lo que, en definitiva, se ha defendido aquí, la incuestionable validez de la Literatura como instrumento para el conocimiento de la Historia, la estrechísima relación entre ambas disciplinas, y la necesidad de que el docente sea capaz de estructurar estrategias didácticas, en las que ambas disciplinas entren en juego, para lograr explicaciones más completas en ambos campos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTH, J. (2013) – *El plantador de tabaco*. Madrid: Editorial Sexto Piso. Traducción de Eduardo Lago.
- BEEVOR, A. (2012) – *La Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Edit. Pasado y Presente.
- BORGES, J. L. (1985) – *A cierta sombra* (1940). In BORGES, J. L. – *Obra poética 1923/1977*. Madrid: Editorial Alianza 3 – MC.
- CANETTI, E. (2005) – *Fiesta bajo las bombas: los años ingleses*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- CASCÓN, A. (2006) – *Novela histórica e historiografía clásica*. «Revista de Estudios Latinos», n.º 6. Madrid: Facultad de Filología: Departamento de Filología Latina, Universidad Complutense de Madrid.
- CHURCHILL, W. S. (2004) – *La segunda guerra mundial. Vol. I*. Madrid: Edit. La esfera de los libros. Traducción de Alejandra Devoto.
- GUSDORF, G. (1982) – *Pasado, presente y futuro de la investigación interdisciplinaria*. In APOSTEL, L., et al. – *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*. Madrid: Editorial Tecnos – UNESCO.
- IRVING, David (1989) – *Görling*. Barcelona: Edit. Planeta.
- ORWELL, G. (2012) – *Diaries*. Nueva York: Edit. Peter Davidson.